

# **Retazos de infelicidad**

**por**

**Emilia  
y  
Juan Pablo**

COLLAGE LITERARIO





Retazos de infelicidad es un texto colaborativo entre: Cortázar Borges, Tidbeck, Schweblin, Emilia y Juan Pablo.

Tomamos fragmentos de diversos cuentos como: Casa Tomada y Continuidad de los parques de Cortázar; Las ruinas circulares de Borges; Beatrice, de Karin Tidbeck, y Salir y mujeres desesperadas de Samanta Schweblin.

Lo que dio como origen a un montón de retazos y dos infelices historias.

Aclaración: cada columna representa

Al asomarse a la ruta, Felicidad comprende su destino. Él no la ha esperado y, como si el pasado fuese tangible, ella cree ver en el horizonte el débil reflejo rojizo de las luces traseras del auto.

Era la hija más joven y más fea de una familia acomodada de Hamburgo: su padre era impresor y propietario de una de las imprentas más grandes del país. Mientras otras muchachas de su edad suspiraban por los jóvenes, ella ni se planteaba entregarse a un romance delante de las narices de su padre. Ahorraba cada céntimo de sus ingresos para, llegado el día, poder permitirse seguir los dictados de su corazón.

Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A Carlos le gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales), guardaba los recuerdos de sus bisabuelos, el abuelo paterno, sus padres y toda la infancia. A Irene le parecía el monumento a todos sus fracasos. Hacían la limpieza por la mañana, levantándose a las siete, y a eso de las once él le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y se iba a la cocina.

A él le resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo se bastaban para mantenerla limpia.

A veces llegaban a creer que era ella la que no les dejó casarse. Irene rechazó dos pretendientes y con el paso de los años se arrepintió de no haber amado. A Carlos se le murió María Esther antes de que llegaran a comprometerse. Entraron en los cuarenta años con la inexpresada idea que aquel, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en su casa. Irene soñaba con el viento del norte y Carlos lo sabía.

Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía. Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aun sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Por fin llegó el día en que conoció a Hércules.

El hombre, emergió del sueño como de un desierto viscoso, era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados. El aroma que exhalaba le provocaba un cosquilleo en los muslos. Le comunicó a sus padres que pensaba ir a Berlín a visitar a una amiga y a su marido, y quizás a encontrar pretendiente. Los padres no pusieron objeción.

En la oscuridad llana del campo sólo hay desilusión y un vestido de novia. Felicidad logra desprenderse de todos los granitos de arroz, absorta en un shock de abandono, corrige los pliegues del vestido, analiza sus uñas, y contempla, como quien espera el regreso, la ruta por la que él se ha alejado.



Todavía no llovía. Los ventanales del balcón de enfrente se abrieron y una señora en pijama salió a recoger la ropa. Todo esto lo veía Irene mientras estaba sentada en la mesa del comedor frente a su marido, tras un largo silencio. Sus manos abrazaron el té ya frío. Sus ojos rojos la miraban con firmeza. Esperaba a que fuera ella la que dijera lo que había que decir. Y porque Carlos sentía que sabía lo que Irene tenía que decir, pero que ya no pudo decirlo.

Su frazada estaba tirada a los pies del sillón, y en la mesa ratona había dos tazas vacías, un cenicero con colillas y pañuelos usados. Tengo que decirlo, dijo Irene, porque es parte del castigo que ahora me toca. Se acomodó la toalla que le envolvía el pelo húmedo, se ajustó el nudo de su bata. Tengo que decirlo, se repitió, pero era una orden imposible. Y entonces algo sucedió, algo en los músculos complicado de explicar. Sucedió paso a paso sin que alcanzara a entender exactamente de qué se trataba: simplemente empujó la silla hacia atrás y se incorporó.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas, gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama.

Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo.



Dio dos pasos al costado y se alejó. Tengo que decir algo, pensó, mientras su cuerpo dio otros dos pasos y se apoyó contra el mueble de los platos, las manos tanteaban la madera, sosteniéndola. Vio la puerta de salida, y, como sabía que él todavía la miraba, Irene se esforzó en evitarlo. Respiró y se concentró. Dio un paso al costado alejándose un poco más. Él no decía nada, y la animó a dar otro paso. Sus pantuflas estaban cerca y, sin soltarse de la madera del mueble, estiró los pies, las empujó hacia ella y se las puso. Los movimientos eran lentos, pausados. Soltó las manos, pisó un poco más allá, hasta la alfombra, junto aire, y en solo tres pasos largos cruzó el living, salió de casa. Carlos la siguió y cerró.

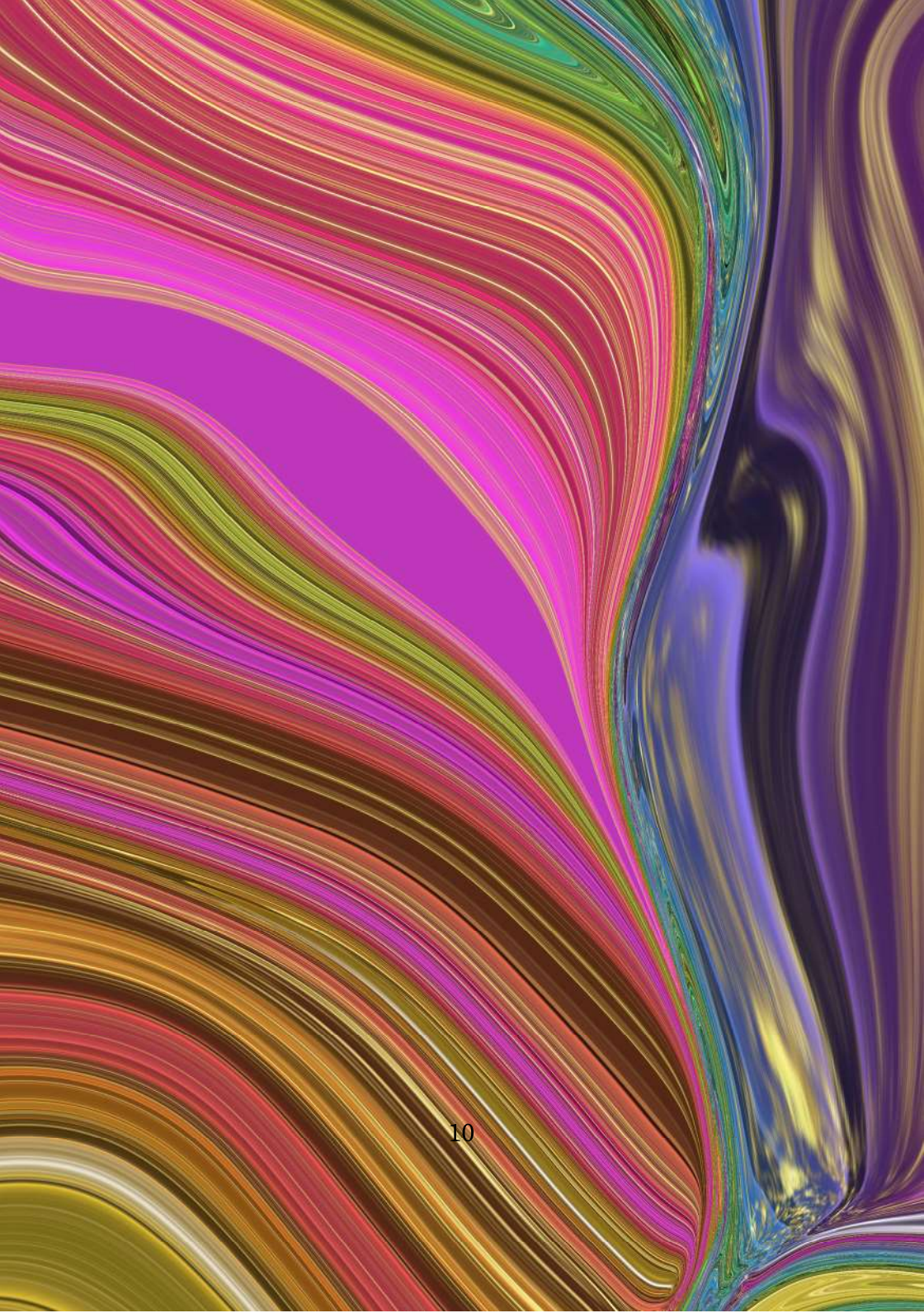
Sin mirarse ya, atados rígidamente a la decisión que los esperaba, se separaron en la puerta de la casa familiar. Ella siguió por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto.

Felicidad respira profundamente, sus ojos se llenan de lágrimas. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que también era una apariencia, que otro estaba soñando.

Ella se detuvo en una gasolinera de paso. Al asomarse a la ruta, Irene comprendió su destino. Él nunca la dejó crecer y, como si el pasado fuese tangible, ella creyó ver en el horizonte el débil reflejo rojizo de las luces traseras de un auto. En la oscuridad llana de la ciudad sólo había desilusión y el sueño de un vestido de novia. Sentada sobre una piedra junto a la puerta del baño concluyó que no debió haber demorado tanto, que quizá las cosas debieron haber sucedido más rápido. Le resultaba extraño encontrarse allí, sin nada más que la ciudad, la ruta y, junto a la ruta, un baño de mujeres.

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno iba hacia el sur y que su patria era una de las infinitas ciudades que estaban aguas arriba, en el flanco violento de la montaña.



Una novia abandonada recogió a Irene, una patada activó el acelerador y, con la imagen de las mujeres ya sobre el hombre, Irene logra regresar a la ruta. El motor escondía los gritos y las burlas y pronto todo fue silencio y oscuridad. La mujer se acomoda en el asiento. —Nunca lo quise —dijo Irene—, cuando se bajó pensó en tomar el volante y regresar a casa, el instinto maternal...

Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte vendría a coronar su vejez y a absolverlo de sus penas y arrepentimiento. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también debía volver a casa. Volvió al día siguiente, solo para contemplar a Irene y sentir la fijación de su mirada. Carlos se quedó allí plantado contemplando el azul hasta que cayó la noche.



